

Cuentos y Más Cuentos

A las alturas de la segunda mitad del siglo XIX se dio forma en varios países de Europa, pero principalmente en Francia y en Rusia, al cuento basado en anécdotas de la vida corriente. La producción simultánea, o poco menos, de los relatos que llevan las firmas de Maupassant y Turguenev, es uno de los grandes sucesos de la historia literaria. Podría aventurarse que hasta esas horas el cuento había estado dando tumbos de un lado para otro, y que sólo entonces, al promediar el siglo pasado, pudo vérselo encaminado rectamente.

Pero ¿encaminado a qué? Ante todo a la eliminación del autor como tal autor. Se presenta la escena, se introduce a los personajes (o al revés), se plantea el nudo o conflicto, y se ofrece la solución, pero sin que el escritor se entrometa a decirnos: "como íbamos diciendo", "nuestro protagonista", "la vida de nuestra ciudad", etc. De este modo, esto es, eludiendo la presencia del autor en cuanto ella signifique intromisión, se logra el máximo de la objetividad, y el lector puede hacerse la ilusión de ver lo que ocurre.

Es oportuno recordarlo en presencia de "Lugares comunes" (Nacimiento), por José Miguel Varas. La eliminación del autor es absoluta, o casi absoluta, en los relatos eslabonados en este volumen, y llama la atención sobre todo en "Campamento". Se presume la anécdota narrada por un chico de muy pocos años, en una especie de monólogo entrecortado, sin puntuación, cuya gracia consiste principalmente en la desapareja o deforme atención que se presta a ciertos hechos, todo lo cual revela la psicología del niño, proyectada por lo común a pequeños sucesos exteriores y muy inclinada a obtener regocijo, risa, burla, en aquellos mismos puntos en donde los grandes suelen ver además otros motivos de reacción psicológica. Es, en suma, una pequeña obra maestra.

Pero lo es en el sentido literario, no en el social. El chico se burla de cierta autoridad que irrumpe en cierto campamento bajo ciertas circunstancias. Ahora bien, si el autor nos hace el homenaje de enseñarnos, le invitamos a imaginar la escena como sucedida en otra parte, bajo un régimen social y político distinto, no desde luego el existente hoy en Chile, que a él le presta motivos de risa, sino en el que le plazca, el que más le agrade, el que le ha diseñado la ideología o el ideal de mundo nuevo y perfecto a que él parece aspirar. ¿Listos? Pues bien, en ese mundo también existirá un orden social y político definido por ciertas leyes, y también habrá autoridades en las cuales se materializa la defensa de ese orden, e inclusive habrá automóviles cuyos neumáticos pueden ser desinflados, cosa que a los chiquillos del relato hace reventar de risa. Burlarse de la acción de esa autoridad, en ese país imaginado, será perfectamente posible como lo es hoy reirse de la autoridad vigente o establecida en Chile. Pero entonces cabe la reserva: ¿no es inicu todo esto? Lo equitativo sería secundar la obra de la autoridad en todas partes, así sea en Chile como en China, en la Unión Soviética como en Estados Unidos. Del cuento del señor Varas, admirable como ya se ha dicho, parecería desprenderse (es mera suposición mía, desde luego) que sólo la autoridad de Chile, en días de huelga, debe ser befada y escarnecida, como si en lugar de tener la misión de amparar a todos los ciudadanos, estuviese con anteojeras o empleara una balanza cargada o la ley del embudo para intervenir en las disputas de los hombres.

En lugar inmediatamente inferior podría colocarse el cuento "Relegados", donde se da la extraña adquisición técnica de que los detalles iniciales, aparentemente evocados por cálculo y sólo para rellenar algunas páginas, adquieren la magnitud debida cuando se llega por fin a la almindra: el encuentro del camarada con sus camaradas, perdidos todos bajo la lluvia,

azotados por la humedad y el frío del sur, y cuando ante la natural desconfianza de los unos el recién llegado se da a conocer por medio del caato. La emoción humana de solidaridad, amor, compañerismo y fe en la causa que todos albergan y a la cual están sacrificando sus vidas, ha sido dada aquí en forma admirable. El autor de un cuento así debería estar ya en todas las antologías si de verdad con éstas se aspira a dar cuenta de lo mejor que ofrece la literatura de un país en determinado espacio de tiempo.

El lector afecto a llevar la contra dirá que con sólo dos cuentos de calidad no se puede pasar a las antologías. Quién sabe. Eduardo Barrios ha pasado a ellas por haber escrito "La antipatía", un solo cuento de primera calidad, que hace honorable "pendant" a sus novelas y hermano de muy pocos relatos breves más, pues lo propio de este escritor fue el relato largo, frondoso, cuajado de personajes. Pero hay más que decir. José Miguel Varas en su libro no ofrece sólo esos dos cuentos excepcionales, en donde podemos reconocer pluma de avezado relator de anécdotas. Es igualmente digno de mención "Tía", introspectivo, desarrollado todo en la mente soñadora de una dama, con primores de época que bastan para sugerir un ambiente de ayer, de "belle époque" como es ya costumbre decir en estos días. Puede citarse asimismo "Canuto", mucho más breve, con la proeza del relato basado sólo en la confesión o monólogo de un individuo a quien un accidente ha arrojado a la cama del hospital. Es notablemente divertido "Quesillos", y así, otros, todos los cuentos de la serie ofrecen alguna nota interesante y hasta inquietante.

Quedaría por saber qué ha pretendido el autor al dar a su recolección el título de "Lugares comunes". Debe saber el lector que los escritores todos, desde lo más profundo de la historia, andan siempre procurando echar fuera de su estilo, de su frase, de su lengua, los tópicos o lugares comunes, vale decir: los usos mostreros, las expresiones estereotipadas que, si suelen repetirse en la conversación usual, estorban y dañan la forja literaria. Pero hay otra especie de lugar común, según nos parece entender del contexto de este libro. Lugar común sería, por ejemplo, el que los hombres que se aman y se respetan se reconozcan, alta la noche, en plena oscuridad, por el canto que se exhala de sus bocas ("Relegados"), y el que la solterona recuerde, transida de dicha y palpitante de recónditos deseos, aquella hora única de su existencia en que sintió o creyó sentir pasar el amor junto a sus brazos ("Tía"), y así sucesivamente. Es decir: el autor siente o cree que la vida se repite, vuelve sobre sus huellas, se reencuentra, y que los seres que la pueblan están siempre habitados por unos mismos impulsos, y que contar los pasos y los usos de estos seres implica una serie indefinida de repeticiones, y que el escritor no podrá jamás evitarlas, salvo que su poderosa fantasía le permita suponer, inventar o imaginar mundos nuevos, ajenos a la comprobación del ser sensible y observador que es el artista.

Yo no sé si ésta sea la interpretación que el señor Varas autoriza para explicar la sentencia "Lugares comunes" aplicada a su libro. Sea la que tuere, convenía decirlo para prevenir oportunamente al lector. Como el libro es ameno, grato de leer, variado, muy entretenido, lo que menos debemos temer hallar en él es el cliché gastado, el tópico o lugar común de que tradicionalmente huye el escritor-amante de su labor y consciente de sus aptitudes y de sus recursos. En una obra de madurez como ésta, con la cual el autor supera o mejora casi todos sus anteriores intentos, es grato verle alejarse del lugar común en forma decidida y enérgica, a pesar de haber escogido precisamente ese título para tal empresa.

Raúl Silva Castro,
de la Academia Chilena.